

Riqueza cultural del Ballet Nacional de España

Víctor Pliego

El Ballet Nacional de España cumple veinticinco años. Poco reconocido por aquí, ha cosechado sin embargo grandes éxitos internacionales, especialmente en Japón, y es una de nuestras principales embajadas culturales. Durante febrero y marzo del 2004, el Ballet Nacional de España realiza una gira por Asia y Oceanía con actuaciones en Singapur, Wellington (Nueva Zelanda) y Adelaida (Australia). Es una de las compañías nacionales creadas por el Ministerio de Cultura y hoy adscritas al de Educación, Cultura y Deportes. Su primer director fue Antonio Gades. Otros grandes artistas que han colaborado con la agrupación son José Granero, Manolo Sanlúcar y Antonio Canales.

Entre el centenar de creaciones, recogidas en un libro conmemorativo, recordamos Bodas de Sangre (Gades), Fandango (Mariemma), Concierto de Aranjuez (Pilar López), El sombrero de tres picos (Antonio), Los Tarantos (Felipe Sánchez), La Celestina (Oller), Ilusiones F.M. (Pagés)... El rigor y la calidad han sido constantes en su trayectoria, a pesar del desigual apoyo recibido de las instituciones, incluso de aquella que ostenta su titularidad. La mayor contrariedad tal vez provenga de su denominación, tan exacta como indisputada con las consignas políticas de los últimos años: ¿Ballet? ¿Nacional? ¿de España? Cada término parece contener resonancias añejas, motivo de ocultas desconfianzas que solo se diluyen en el extranjero. El ballet es un género que la incultura musical asfixia en nuestras tierras; lo nacional se ha trocado en provinciano; y España es el grito confiscado por la caverna. Pero la danza española responde a una antigua tradición que recibió el impulso definitivo con Antonia Mercé "La Argentina" en los tiempos épicos de los Ballets Rusos de Diaghilev. Este género de danza es una maravillosa combinación de bailes populares, flamenco y escuela bolera.

Las creaciones del Ballet Nacional de España siempre han dado cuenta de la riqueza cultural de las distintas comunidades autónomas, con una perspectiva plural y abierta.

La existencia del propio Ministerio de Cultura, nacido bajo el entusiasmo constitucional en la etapa de regeneración democrática, es hoy cuestionada. Cada una de las autonomías le disputa el servicio a la cultura, mientras las grandes instituciones del Ministerio, ubicadas en Madrid, son víctimas de la desidia o de una gestión nefasta. Es el caso de la Biblioteca Nacional, del Museo del Prado, del Museo Arqueológico Nacional, de la Orquesta Nacional de España... El Centro Dramático Nacional y la Compañía Nacional de Teatro Clásico han tenido la suerte de ver renovadas sus respectivas instalaciones gracias a la insustituible colaboración de las voraces termitas, en un caso, y, en otro, a la realización de unas reformas tan necesarias como inaplazables para preservar la integridad física de sus componentes. Han pasado unos lustros y estas importantes empresas cuentan los años con la pesadumbre de unas hijas no deseadas, a las que nadie quiere pero a las que, lógicamente, tampoco se atreve nadie a eliminar. Todo ello es consecuencia de confundir la cultura con la propaganda, de pensar que todos los gobernantes son iguales. Y entre Malraux y Goebbels hubo algunas diferencias... ¿o no?